

Nina PLUTA

Pedagogical University of Cracow

plutaster@gmail.com

**Marzena Chrobak, *Między światami. Tłumacz ustny
oraz komunikacja międzykulturowa w literaturze odkrycia
i konkwisty Ameryki***

Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellońskiego, Kraków 2012, 290 s.

[*Entre mundos. El intérprete y la comunicación intercultural en la literatura
del descubrimiento y la conquista de América*]

El estudio y la consecuente valoración del papel de los mediadores lingüísticos en la historia de la humanidad cobra intensidad en los últimos tiempos debido al pujante desarrollo de la traductología como una disciplina independiente en el campo de las humanidades. La autora del libro que nos interesa, Marzena Chrobak, investigadora polaca de la Universidad Jaguelona, estima que en las décadas alrededor del cruce de los milenios el interés por el personaje del traductor (su biografía, su proyecto, la pragmática de su trabajo) ha crecido notablemente y menciona una veintena de nombres de los especialistas en el tema. La de Chrobak es una aportación valiosa al estudio sobre los traductores en las épocas anteriores a la modernidad de las revoluciones tecnológicas. Versa sobre los primeros filólogos, espontáneos y forzados, en los territorios colonizados en América: los *lenguas* que asistieron a los conflictos políticos, conquistas y mestizajes en los territorios colonizados. En cierto modo, eso hace pensar en esfuerzos análogos realizados por los estudios feministas, coloniales y queer, en general, todos los enfoques que se proponen resaltar la presencia de unos actores de la historia que por largos siglos han pasado desapercibidos.

En su libro, Chrobak, traductora de literatura ella misma con un larga nómina de títulos, rinde homenaje a esos precursores, proponiendo el primer capítulo de lo que llama la “historia de la interpretación” (en el sentido de traducción oral) y que parte de las omisiones y silenciamientos centenarios. En este caso son unos silenciamientos notoriamente paradójicos, ya que se trata de intérpretes, aquellos que prestaron justo

su voz para hacer posibles los primeros contactos entre los autóctonos americanos y los europeos desde fines el s. XV. Han sido, pues, las suyas unas voces imprescindibles que vehicularon significados únicos, a menudo decisivos para el curso de las negociaciones, guerras o conquistas; y sin embargo son al mismo tiempo voces apenas transcritas en los documentos de la época (cartas, relaciones, crónicas), salvo unas excepciones famosas, como la de Malinche la traductora de Cortés, convertida posteriormente en símbolo de las contradicciones de la cultura mestiza.

Reinsertar esas voces en la historia cultural de los contactos entre Europa y las Américas, desenterrar a la persona, su perfil lingüístico, sus avatares vitales y profesionales a partir de citas aisladas y menciones escasas, resulta una tarea delicada. *La historia de la interpretación es una disciplina joven, con una metodología en proceso de desarrollo* (p. 7; los números remiten a las páginas de la edición polaca citada; trad. mía), reconoce la autora y declara que su reconstrucción del personaje-intérprete en la época mencionada es una empresa fuertemente “hermenéutica”, realizada a partir de un corpus de fragmentos textuales que mencionan al intérprete mismo, la situación comunicativa en que intervino o/y los resultados y consecuencias de su labor. Esa “interpretación del intérprete” se hace además con los instrumentos de la traductología y de las ciencias de la comunicación actuales, que consideran, entre otros, parámetros definidos como kinésicos, proxémicos, pragmáticos. Obviamente, no se puede tratar a uno de los participantes de la comunicación verbal separándolo de su situación; por eso en su estudio del personaje-intérprete, la autora se propone al mismo tiempo, *reunir y analizar, luego sintetizar las experiencias comunicativas de los descubridores y conquistadores de diversas naciones europeas, las cuales en el cruce de los siglos XV y XVI mandaron sus naves a través del “Mar Océano”* (p. 11).

El prólogo a esta historia de la interpretación en las Américas está dedicado a su, digamos, prehistoria en el universo mediterráneo. Coteja las pocas huellas que de la actividad traductora, tanto oral como escrita, quedaron atestiguadas en los textos procedentes del mediterráneo desde la Antigüedad hasta la Edad Media (las tablillas sumerias, Heródoto, Jenofonte, los cronistas romanos, documentos jurídicos, relaciones de peregrinajes). Todos los pueblos del Mediterráneo en sus continuos periplos comerciales y guerreros entre el Oriente y el Occidente debieron sin duda disponer de la ayuda de traductores, ocasionales o profesionales. No se detalla sin embargo en qué consistía su formación ni su diario desempeño y aparecen en las páginas de las crónicas como héroes secundarios y episódicos, traduciendo órdenes en las batallas u otras situaciones dramáticas que justificaran su mención.

En la Edad Media, la Europa mediterránea por un lado sigue lingüísticamente unida (el latín, la *lingua franca* de los comerciantes y navegantes), y por otro, se diversifica ya que surgen las lenguas nacionales, varias de ellas evolucionadas del latín, alcanzando en el siglo XV la dignidad de medios oficiales de comunicación. Los traductores medievales (trujamans, druguemans, durguemans, latimiers), ofician tanto para los reyes y los caudillos militares como para los peregrinos a la Tierra Santa y comerciantes. Hay quienes consiguen puestos duraderos en la administración, como los judíos *escribanos mayores de cartas árabes* de la corte real aragonesa en los siglos XIII-XIV

(p. 37); otros, con menos ética profesional, actúan en diversas regiones del Mediterráneo Oriental, formando parte de verdaderas mafias, como diríamos hoy, abusadoras de los indefensos peregrinos. A propósito de interpretaciones frustradas, la autora cita historias de las fuentes de la época, algunas de ellas tan pintorescas como los *exempla* medievales: única en su género es la del traductor deshonesto que por su conocimiento de la lengua tártara, inferior de lo esperado, así como por su propensión al alcohol, malogra la empresa evangelizadora del hermano Guillermo de Rubruk. En la Edad Media europea, argumenta la autora, se perfilan las funciones del intérprete que se exigirán igualmente en el Nuevo Mundo: facilitar el intercambio mercantil, participar en las negociaciones políticas y enfrentamientos armados, transmitir a los indígenas las verdades de la fe cristiana.

Los capítulos siguientes pasan al objetivo principal del libro: en un corpus representativo de textos extraídos de cartas, crónicas, relaciones y otros documentos del descubrimiento y conquista de América, se analiza las situaciones comunicativas de los primeros contactos: en la etapa previa, cuando todavía no existían en práctica, como en el caso del primer viaje de Colón, hablantes bilingües y en la etapa posterior, cuando los conquistadores y exploradores de las dos Américas tomaron en cuenta la necesidad de procurarse intermediarios culturales y lingüísticos y procedieron a aplicar métodos espontáneos de su formación. Los capítulos ‘Los intérpretes del Almirante’ y ‘Los intérpretes de los conquistadores’ tratan de las empresas españolas; en el siguiente, ‘Los intérpretes de los descubridores’ se describe también la actuación también los portugueses, franceses e ingleses.

Chrobak estudia las transcripciones de las escenas de los primeros acercamientos que tuvieron lugar entre unos hombres que al principio, de uno y otro lado, dudan de la humanidad de sus interlocutores. Ahí la carga semántica cuenta aún menos que lo no verbal, es decir los gestos, la distancia, los movimientos del cuerpo, y lo paraverbal: la entonación, el tono, la intensidad de la voz; así como el “teatro” improvisado que unos montan para otros. En esta etapa la comunicación se basa principalmente en la interpretación propiamente entendida, el desciframiento de los signos, síntomas e indicios, proceso que se ve obstaculizado por el desconocimiento mutuo de los miembros de unas culturas diferentes (véase el ejemplo de Colón que interpreta el baile de guerra como el de bienvenida, p. 67, etc.).

Por eso los análisis presentados son interdisciplinarios: históricos, pragmáticos, antropológicos, y sólo en una medida muy reducida lingüísticos. La palabra como material empírico (lo literalmente enunciado por los intérpretes) apenas hace su aparición, dado que los relatores de los viajes y las conquistas no se centran en la problemática verbal. Para ellos es tan sólo un obstáculo que los protagonistas han de vencer en su trayecto hasta el oro, hasta las riquezas de El Dorado, hasta un cacique indígena que quieren intimidar etc. Las siluetas y las vidas de los intérpretes, que se hacen más numerosos con cada viaje sucesivo, hay que trazarlas, como sabe la autora y como ya hemos indicado al principio, a contraluz, en negativo y uniendo datos con suposiciones.

Los datos escasean, pero lo posible a rescatar se dispone en unas biografías apabullantes. El aprendizaje de una lengua indígena por parte de los europeos e inversa-

mente, del español (francés, inglés) por los indios, raras veces pudo realizarse exitosamente sin una total aculturación a la que debían someterse, a menudo por fuerza, los candidatos a intérpretes. Colón inaugura el procedimiento de raptar a indios para llevarlos a España y enseñar a hablar cristiano. Este método expedito de formar a intérpretes se propagará entre todas las naciones colonizadoras, aunque las historias concretas demuestran que la lealtad de los traductores así conseguidos no era incondicional. No pocas veces al volver a la tierra natal, se fugaban con los suyos, siendo entonces mucho mejor capacitados para dañar a sus ex-señores europeos. Igualmente violento resultaba el recurso de abandonar en las orillas o islas americanas a ciertos personajes señalados que debían mezclarse con los autóctonos y preparar el suelo para las futuras expediciones: los criminales que eran embarcados en Francia o Inglaterra y cuyo indulto dependía del cumplimiento de esa insólita misión americana; niños destinados a convivir unos años con las tribus, primero miembros de la tripulación, luego (como en Francia, en el s. XVII) seleccionados adrede en su país. En ocasiones, los intérpretes eran antiguos náufragos, que tuvieron que integrarse mejor o peor en las sociedades locales, y al llegar de nuevo sus compatriotas, aprovecharon su conocimiento de lenguas. Este fue el caso de fray Gerónimo de Aguilar, náufrago de la expedición de Pedro de Valdivia, encontrado en 1519 por Hernán Cortés, a quien le sirvió como intérprete del maya chontal. Pero en fama y singularidad a éste le supera el caso de la mujer llamada Malintizn, Marina o Malinche, una excepción de la regla según la cual los intérpretes se sumían en el olvido de los cronistas y de la historia. Chica nahua, probablemente vendida por su familia a los mayas, fue a su vez regalada a los hombres de Cortés. Terminó siendo la amante de éste, pero en el tiempo de la conquista de México fue también su mejor traductora, consejera y aliada. Es el personaje cuya presencia e intervenciones en discurso directo e indirecto fueron registradas en todos los testimonios referentes a la conquista de Tenochtitlan, así como en la iconografía. Malinche se inscribe estupendamente en la historia que Chrobak concibe, ya que se conoce bastante bien su biografía, hay constancia de su trabajo, así como de las cualidades que hicieron de ella la intérprete modélica: facilidad para las lenguas, competencia cultural, perspicacia psicológica, inteligencia, valor. Se inscribe también en otros discursos: el hispanoamericanista, el de la mesticidad como condición escindida entre la voz de la sangre y la de las lealtades culturales. Es simultáneamente invocada como la madre del México poscolombino, la patrona del feminismo o repudiada como la traidora de la herencia india.

Otras biografías, aunque de personajes menos trascendentes, también muestran las intrincadas trayectorias de las decisiones personales, vicisitudes indeseadas (como los traslados forzados a otros continentes) y lealtades cambiantes. Felipillo, el intérprete indio entre Atahualpa y Pizarro, finalmente deserta; los traductores normandos aculturados en Brasil, en la región habitada por los indios Tupinamba, adaptan parcialmente la mentalidad de los indígenas, y en una ocasión se rebelan contra el gobernador de la colonia; en cambio, el algonquino Manteo, que había sido educado en la residencia de Walter Raleigh, permanece fiel y útil a sus amos ingleses, quienes le otorgan el título de Lor de Roanoke.

Aunque la mayor parte de las relaciones citadas por la autora trata las cuestiones comunicativas de pasada, los autores de algunas ostentan una mayor sensibilidad humana y cultural, así como gran una curiosidad lingüística. El zapatero calvinista Jean de Léry, quien transcribió su estancia de dos meses entre los indios Tupinamba (Brasil), acudió a la ayuda de uno de los traductores normandos aculturados, pero pronto intentó, con sus conocimientos lingüísticos rudimentarios, moverse por su propia cuenta entre los autóctonos (entre otros, adopta el apodo de Lery-usu, Léry-ostra, p. 150).

El último capítulo del libro es un repaso de las representaciones literarias de nuestro personaje-intérprete desde la épica renacentista, las comedias del Siglo de Oro y los guiones de los espectáculos populares indios sobre la conquista (mexicanos y peruanos) hasta las dramaturgia y la nueva novela histórica contemporánea. En las comedias del s. XVI y XVII español la comunicación entre los dos grupos en cuestión puede ser un pretexto para las confusiones, malentendidos y juegos de palabras barrocos (ej. *El Nuevo Mundo descubierto por Colón* de Lope de Vega).

En los dramas y novelas del s. XX es de nuevo Malinche el personaje más sobresaliente. Ahora sí se convierte en verdadero símbolo de --los conflictos, contradicciones y rupturas comunicativas entre los diferentes grupos étnicos y sociales de México, tanto del de entonces como del actual (dramas de Rodolfo Usigli, Salvador Novo, Víctor Rascón Banda, Sabina Berman y otros). En las novelas contemporáneas sobre el tema (mexicanas, francesas, norteamericanas) Malinche y, ocasionalmente, otros traductores, como Gerónimo de Aguilar (*La otra orilla* de Carlos Fuentes) o los niños dejados en la selva brasileña (*Rouge Brésil* de Jean-Christophe Rufin) tienen un protagonismo marcado y se subrayan sus posibilidades de intervenir en la comunicación para bien o para mal, allanando las dificultades o manipulando los discursos traducidos según sus propios intereses o los de sus mandatarios.

En general, como resume la autora en las conclusiones, en los textos de los primeros siglos después de la llegada de los europeos a América, el intérprete no pertenece todavía a un grupo profesional bien delimitado. El que traduce es simplemente uno de los miembros de la expedición especialmente dotado para las lenguas, o bien su condición se parece a la del prisionero (los delincuentes enrolados en la tripulación, los autóctonos secuestrados). Trabaja a menudo bajo presión y amenaza de muerte como en los conflictos armados hoy. Con el tiempo, los mandatarios insisten más en su formación profesional (Luis XIV organiza la primera en Europa escuela para *jeunes de langues*), sin embargo, en los escritos anteriores al s. XX, predomina la ilusión de la transparencia del lenguaje y en su evaluación, la labor del intérprete está totalmente subordinada a las grandes empresas económicas e ideológicas de los colonizadores.

Sólo en el s. XX, el siglo que instaura el valor en sí de la información y la comunicación, la literatura ficcional, así como la traductología de las últimas décadas, arrojan luz sobre los arduos y complicados procesos comunicativos que tuvieron lugar al encontrarse grupos humanos con lenguas, mentalidades e intereses tan disímiles como los indios y los europeos. En esta línea se sitúa el libro de Marzena Chrobak, que además de tener una sólida documentación (selección representativa de documentos de

la época, así como de obras ficcionales contemporáneas), es aligerado con un estilo ágil y diversificado con las voces ajenas, ya que en muchas ocasiones la autora deja que los protagonistas, históricos o ficcionales, cuenten sus aventuras y observaciones en directo.

Dr hab. Nina PLUTA, prof. UP is a Spanish and Spanish American Literature Professor at the Pedagogical University of Cracow. She is interested in the influence of popular genres in contemporary Spanish-American fiction, also in transatlantic cultural contacts between Europe and Latin America. She is a co-author of *Historia literatur iberoamerykańskich* (History of Ibero-American Literatures) and author of *La sombra del crimen. Las influencias del género negro en la narrativa hispanoamericana del cruce de los siglos*.